

LIBROS

GUADALUPE AMOR, *Galería de títeres, Letras mexicanas*. Fondo de Cultura Económica. México, 1959, 110 pp.

PITA AMOR reúne en este volumen una colección, demasiado extensa para su contenido, de brevísimas prosas que pretenden y muchas veces logran fijar el retrato de un determinado personaje o recrear estampas de la realidad inmediata. El sistema, francamente impresionista, aunque no exento de aciertos verbales que se reflejan en una prosa pura, ceñida y expresiva, y de un indudable poder de observación y caracterización, sigue un sistema demasiado unitario y termina por hacerse cansado.

Todos los personajes retratados están vistos nada más a través de sí mismos; todos tienen un defecto común: el egoísmo, que les hace ver a las demás personas con un sentido puramente utilitario; y a la larga, todos tienen que enfrentarse al mismo problema: la soledad. La renuncia absoluta por parte de la autora a cualquier intento de desarrollar una acción por mínima que sea, unida a esas tres constantes agobiantes, termina por dotar al libro de un tono uniforme, monótono, que hace olvidar inclusive las cualidades de observación y los hallazgos verbales.

Por esto, "Raquel Rivadeneyra" (porque además de los conflictos interiores del personaje desarrolla una acción exterior motivada por éstos) y "El lago" y "La guajolotito" (por el enfoque distinto, la ternura, con que son abordadas) resultan a la larga las tres únicas prosas que se mantienen en la memoria del lector.

J. O.

ANTONIO CASTRO LEAL, *El laurel de San Lorenzo*. Letras mexicanas. Fondo de Cultura Económica. México, 1959, 201 páginas.

DOCE CUENTOS QUE, con la excepción del primero que es el que le presta su título al libro, oscilan entre los géneros psicológico, humorístico y fantástico. En los primeros, Castro Leal recurre casi siempre a la primera persona, pero sin caracterizar al narrador, por lo que éste se convierte en un mero receptáculo de los sucesos. Éstos tienen un carácter puramente anecdótico y por lo general no son desarrollados sino resumidos por el protagonista en el curso de una o varias conversaciones con el narrador. La caracterización es endeble y los sucesos de tan originales termina por ser absurdos. Los segundos, más que cuentos, son nada más chistes relatados. En los terceros, Castro Leal desarrolla con más libertad su ingenio, pero la ausencia de personajes lo convierte más en ensayos fantásticos que en cuentos.

"El laurel de San Lorenzo" es el que se apegue con mayor fidelidad a las exigencias de la ficción, y es por esto el mejor relato del libro. Castro Leal cuenta en él una historia que trasciende lo meramente anecdótico y transmite una visión real dentro de un ambiente bien logrado y con un marco de época muy claro. Sin embargo, el relato sitúa al autor entre los escritores mexicanos que ven la Revolución con ojos estrictamente reaccionarios. En él, los revolucionarios aparecen tan sólo como bandidos que siembran la des-

trucción y el desorden; la Revolución no es más que el medio que le permite al narrador enriquecerse traficando en medio del relajo que produce; el ideal es un pueblo que gracias a su condición geográfica se ha visto libre de la lucha armada; y los personajes positivos, heroicos, son el cura del pueblo y los ricos terratenientes. Aparte de esta objeción, en el aspecto formal el lenguaje, como en todo el resto del libro, es poco narrativo y parece más propio para ensayos que para obras de ficción, y la caracterización del narrador está realizada a base de lugares comunes; pero la esencia del suceso se revela realmente.

J. O.

LUIS REYES DE LA MAZA, *El teatro en México durante el Segundo Imperio (1862-1867)*. Estudios y fuentes del arte en México. Instituto de Investigaciones Estéticas. X. Imprenta Universitaria. México, 1959, 238 pp.

CON PACIENCIA, talento y seguridad, Reyes de la Maza sigue empeñado en la bonita labor de reunir una especie de historia documental del teatro en México. Éste es ya el tercer volumen de la serie. Como en los dos anteriores, la documentación, prolija y de sumo interés, avala un laborioso y concienzudo trabajo de investigación. El libro reúne crónicas, comentarios, anuncios, y programas que logran establecer un justo panorama de nuestro teatro durante esa época. Aparte de su valor documental, algunas de las crónicas no carecen de gracia y permiten situar el "estilo" de la crítica teatral de mediados del siglo pasado.

J. O.

JOSEPH CAMPBELL, *El héroe de las mil caras*. Fondo de Cultura Económica. México, 1959, 369 pp.

AQUÍ LOS MITOS nos revelan su significado. A través de numerosos ejemplos de todos los tiempos y culturas se nos demuestra que las aventuras de los héroes, a pesar de sus variantes, tienen un mismo sentido. El heroísmo siempre ha consistido en la superación de un estado, en el paso de una etapa a otra. Las actividades de los héroes se pueden simplificar y reducir a un esquema. Las aspiraciones básicas de los hombres de todas las razas y los tiempos han sido las mismas. El héroe, el inspirado, es capaz de librarse de los temores y de llegar a su meta. Las religiones y los mitos ayudan a vivir. Cuando el individuo los desconoce, se le vuelve más difícil el camino. Pero en realidad el hombre moderno no los ha olvidado, sino que de la conciencia los ha postergado al inconsciente.

Los mitos son símbolos objetivos de la problemática humana. La tarea del psicoanalista consiste en descubrir e interpretar los símbolos que duermen en el inconsciente. Desde que Freud descubrió la importancia del mito de Edipo, el estudio y la comparación histórica de las mitologías adquirió singular importancia.

A los estudios realizados en este terreno: Frazer, Müller, Durkheim, Jung y otros, ahora debe añadirse como una brillante aportación la obra de Campbell.

TOMÁS SEGOVIA, *Zamora bajo los astros*. Imprenta Universitaria. México, 1959, 112 pp.

ESCRIBIR EN 1959 y en México una comedia cuya acción transcurre en Zamora, España, y en el año de 1072 es, por lo menos, insólito. No porque nos obligue a pegar un salto hacia atrás de nueve siglos (sin rompernos —ni romperse el autor— la crisma), sino precisamente por todo lo contrario, porque quien da el salto es el año de 1072 con su Bellido Dolfos, su Elvira, su Estrellero y sus zamoranos, situándose entre nosotros con la comodidad de quien se encuentra en su casa.

Hablo de la contemporaneidad de Zamora bajo los astros, cualidad que es rarísima en los dramaturgos españoles y mexicanos de nuestra época que, queriendo ser contemporáneos no son en el fondo más que costumbristas o, todo lo más, delatores de costumbres. Las criaturas de *Zamora bajo los astros* no se ocupan de problemas de nuestro tiempo. Lo que hacen es hablarle al corazón de nuestro tiempo, con un ritmo que es el suyo y que resulta inequívoco porque nace de un manantial intocable: el lenguaje de la conciencia. De este hablar de la conciencia al corazón de nuestro tiempo emana esa densidad que nos abraza a todos bajo los astros de Zamora, desde aquel remoto otoño de la España del Cid y de doña Urraca. Y es precisamente por lo remoto del escenario que la obra logra la transparencia de lo que es evidente por auténtico, pues separando lo contemporáneo de lo meramente coetáneo nuestro, Tomás Segovia nos hace entrar sin ambages y sin confusiones en la verdadera dimensión de su comedia que entraña una auténtica toma de posición como artista y como hombre.

A esa transparencia de concepción —que es nada menos que claridad intelectual— no podía convenirle más que un lenguaje de su misma calidad. De ahí esa desnudez en que aparecen las acciones, los personajes y lo que dicen. De ahí también que hablen en verso, porque sólo en verso se puede decir la Verdad, llamándola Fidelidad, Justicia, Alegría, Libertad o amoroso Silencio, porque todos son rasgos de un mismo rostro al que no puede dar vida plena más que la voz desnuda de la poesía. Cuando el verso hecho forma de expresión teatral se hace sentir como necesidad imprescindible para la validez de una comedia, entonces nos hallamos ante un verdadero teatro poético. Y cuando un poeta es capaz de prescindir del lirismo metafórico fácil que está de moda en su época para hablarnos con la crudeza de que sólo es capaz la poesía más profunda, entonces tenemos una obra original.

Mucho más cabría decir acerca de esta comedia, que los límites de esta nota no me permiten, por ejemplo, de su valiente entronque con el teatro clásico español, de su actualidad española y de su digno parentesco con el mejor teatro extranjero moderno. Bástenos constatar que hoy por hoy, *Zamora bajo los astros* aparece así, única en su noche medieval, brillando con la luz extraña de las cosas verdaderamente nuevas.